

POLICÍAS EN ACCIÓN: LIBRO DE MALVIVIENTES
La legitimación del poder de castigar en los medios de comunicación

Rocío Baquero
Universidad de Buenos Aires (Argentina)

En la actualidad la agenda de los medios cuenta con una sección fija destinada a tematizar la cuestión de la inseguridad en la cual se privilegian visiones simplificadoras que señalan como únicas causas la existencia del delito común o contra la propiedad privada. La crónica periodística nos ofrece a diario las herramientas para interpretar el hecho delictivo del momento; acompaña a la víctima, señala al responsable, autoriza la represión policial y naturaliza el encierro en una celebración mediática del poder de castigar.

Los medios de comunicación son uno de los lugares predilectos para leer los discursos hegemónicos puestos en circulación y los imaginarios sociales que éstos fortalecen en la medida en que los medios operan como uno de los actores más influyentes en la construcción de consenso sobre determinados temas en un orden social dado.

El escenario cotidiano se configura como inseguro, violento y amenazador, lo que sirve para legitimar las voces del discurso social que demandan orden y vigilancia exigiendo robustecer una sociedad de control. En el espacio televisivo, los programas periodísticos de investigación en formato docudrama o docureality se retroalimentan con la producción informativa y bajo la pretensión de mostrar la realidad tal cual es se aventuran en la búsqueda de sujetos sospechosos sobre los que recae la condena de ser designados como productores de riesgo para el resto de la sociedad. Visibilidad y control se hermanan al entretenimiento televisivo construyendo un manual que enseña a los televidentes los códigos sobre lo que está bien y lo que está mal, quién merece el premio y quién el castigo.

Nos interesa aquí abordar los modos de narrar la realidad en el programa *Policías en Acción*, con el fin de explicitar en la construcción de identidad de los sujetos visibilizados mediante qué dispositivos de enunciación se nombra y configura al sujeto “delincuente” y al mismo tiempo cómo se define el rol de la agencia policial. Las claves teóricas que presentamos en las siguientes líneas son algunas breves conclusiones de un trabajo que incluyó un análisis exhaustivo de la Séptima Temporada de *Policías en Acción*, transmitida en 2009 los días viernes a las 22 horas por la pantalla de canal 13. El supuesto de partida en este trabajo es que el género televisivo indagado contribuye a fortalecer discursos que circulan en el imaginario social acerca de la inseguridad como un problema motivado por la conducta asocial de determinados sujetos en los que la condición de marginalidad opera como marca estigmatizante fundamental. Una mirada sesgada que a través de simplificaciones y esquematizaciones avala, en parte por omisión, las acciones represivas de las agencias de control.

Policías en Acción: el programa

El programa es definido desde su empresa productora, Endemol, como “un reality en formato docu-drama donde protagonistas reales son seguidos por cámaras y equipos de producción las 24

horas". Lo que el producto final oculta es la serie de estrategias de post-producción donde lo narrativo, lo argumentativo y lo periodístico, barnizados por la matriz del entretenimiento, se toman difícilmente diferenciables. Como resultado surge un producto híbrido en el que la creación de intriga y suspenso, el uso del montaje narrativo y la musicalización, entre otros recursos, construyen un relato más cercano a la lógica cinematográfica que a la del documental.

A falta de un conductor visible una voz detrás de cámara maneja la enunciación, sirve de guía y ordena lo que se va narrando, en la mayoría de los casos confundida como un policía más habla desde un nosotros inclusivo cuando se encuentra entre los miembros de la institución policial y en más de una ocasión asume una postura marcadamente clasista.

Los diálogos subtítulos que manifiestan la necesidad de traducir la oralidad del otro y la presentación de testimonios que borran la desigual relación de entrevista, forman también parte de un compendio de situaciones filmadas y presentadas como imágenes *crudas* que se construyen como hechos reales y se repiten hasta la náusea. La hiperobservación y la hipérbole narrativa sumadas al sensacionalismo son las figuras retóricas estructurantes del programa, lo que favorece una percepción de la realidad construida a través de la conmoción. Por medio del impacto emocional se define un mundo binario donde lo malo se concibe como toda conducta que está al margen de la ley, las buenas costumbres y la moral, y en esta línea lo ejemplificador cobra gran relevancia.

Las imágenes seleccionadas y sometidas a un posterior proceso de edición relatan el accionar policial en los barrios del conurbano bonaerense y en algunas zonas del interior del país pero fundamentalmente narran la vida cotidiana de los sectores populares. Si bien los sectores medios se representan en el programa esto se produce en menor medida y en situaciones que reciben un tratamiento diferencial.

El conurbano se erige desde la pantalla televisiva como un territorio minado por el conflicto y la violencia. Es en ese espacio que las imágenes configuran como caótico e ininteligible por donde el ojo de la cámara propone realizar una suerte de "expedición antropológica". Esta operación refuerza hasta un grado máximo la alterización de los barrios del conurbano a los que ingresamos gracias a la cámara exploradora que se asegura el respaldo de las fuerzas policiales. Cuando *Policías en Acción* expone la vida de los sectores medios de la sociedad, estos siempre se representan como parte de una comunidad ideal, unidos por lazos de solidaridad y armonía que se ve alterada por el ingreso de un otro-extraño diferente. Pero en los sectores populares el enemigo está al lado, el delincuente es de la zona, el agresor habita en la vivienda contigua, trazando un escenario que encarna el peligro continuo. La construcción de este terreno desordenado funciona como caldo de cultivo del que emerge una peligrosidad inherente a los habitantes de esos barrios; allí, los términos dignos de una película de suspenso o terror designan una realidad que debería producirnos miedo. Configurado como territorio de lo exótico lo excluido se incluye en la grilla televisiva para garantizar su definitiva exclusión-expulsión del orden social.

Libro de malvivientes

En *Vigilar y Castigar*, Michel Foucault define al poder policiaco como aquel que para ejercerse "debe apropiarse de instrumentos de una vigilancia permanente, exhaustiva, omnipresente, capaz de

hacerlo todo visible, pero a condición de volverse ella misma invisible". Esta definición puede constituirse en el principio de comprensión desde el cual entender la función de la mirada que organiza el programa. Se trata de un constante tomar en cuenta conductas, sospechas, un registro completo del comportamiento del individuo desde un ojo que parece permanecer siempre abierto, clasificando sujetos sobre la base de a una lista de incivildades.

Si la penalidad, como señala Foucault, es una manera de administrar diferencialmente los ilegalismos, dando un campo de libertad a algunos y haciendo presión sobre otros al trazar límites de tolerancia, el discurso mediático se estructura en paralelo a esta selectividad. Las voces hegemónicas en las estrategias discursivas que elabora el medio son las del periodismo, la política, la criminología y el derecho penal, a las que se convoca cuando es oportuno para acentuar ciertos significantes como delito y delincuencia. En este punto es clave la aparición de intelectuales específicos (1) cuya posición es de una especificidad ligada al dispositivo de verdad en una sociedad. El saber que se atribuye a los expertos prolonga y refuerza los efectos de poder generando un efecto de verdad sobre lo que se dice.

La voz del otro, el hombre joven pobre señalado como sospechoso por excelencia, configurado como delincuente per se, se pone en escena solo para ratificar lo que dicen las voces de los expertos que aportan un saber que en tanto se encuentra alineado con el relato de la agencia policial permite que sus valoraciones ideológicas prevalezcan dominando el campo de la discursividad.

Policías en Acción fabrica la evidencia del trabajo de la institución policial en una serie de secuencias que van desde imágenes de persecuciones y operativos policiales hasta la más conocida de sus rutinas que es la detención de personas por "averiguación de antecedentes", tarea a través de la cual se postula que la policía trabaja para disolver los focos de peligrosidad que se concentran en las calles de cada ciudad. En ningún caso se esclarecen datos ciertos que expliciten cuál es la situación de las personas detenidas, y mucho menos lo que ocurre posteriormente con ellas. A través de estas escenas se elabora una muestra de *eficacia-eficiencia* de la agencia policial al tiempo que se señala a los sujetos merecedores del castigo, siempre en condición de marginalidad, reiteradamente asociados al consumo de drogas o alcohol. Dentro de esta clasificación son los niños, adolescentes y jóvenes villeros los que responden más frecuentemente al modelo de delincuente que constituye el programa y es a través de esta construcción que el medio racionaliza y naturaliza el poder de vigilancia y castigo.

La operación de criminalización mediática de niños y jóvenes que produce el programa despliega una cadena discursiva que anilla juventud a drogas y ambos a delincuencia. La introducción del acento legal afirma que los jóvenes delinquen porque están drogados y porque saben que no pueden ser condenados. En este sentido, se afianza uno de los principios de los realistas de la derecha en el pensamiento criminológico quienes sostienen que, entre otros argumentos, "los jóvenes se dedican al delito porque no hay respeto por la ley y la autoridad y porque existen pocas probabilidades de ser arrestados o castigados" (2). Bajo este criterio se fortalece el imaginario social de que las penas no son lo suficientemente duras, lo que vigoriza los reclamos de inflación penal y revitaliza el debate por la baja de imputabilidad.

En una de las emisiones que fueron objeto de análisis se produce una escena, en la que no se ofrecen datos aclaratorios de ninguna índole, se presenta un episodio confuso en el que la policía persigue y detiene a dos chicos que cuando se encuentran dentro del móvil policial son abordados por el entrevistador:

E- “¿Cuántos años tienen ustedes dos?”.

-“Yo tengo 12”.

E-“¿Qué quieren ser cuando sean grandes?”.

-“Queremos robar”.

E- “Y van a terminar presos como hoy”.

-“Con fierro, no”.

Registrado el diálogo la imagen se congela en la pantalla tornándose en blanco y negro. Este tipo de recortes que se repiten sucesivas veces en el transcurso del programa operan reforzando la idea de que los chicos roban porque quieren y es la propia elección racional la que los categoriza como responsables directos del delito y, en consecuencia, de la inseguridad producida al resto de la sociedad. Debido a la clara situación en riesgo en que se encuentran los chicos inmersos en esta circunstancia, el enunciado “qué quieren ser cuando sean grandes” evidencia no menos que un marcado tono clasista y una aguda falta de responsabilidad social frente a lo que se está narrando en ese contexto concreto. En este como en muchos otros casos que es posible rastrear en *Policías en Acción*, prevalecen las voces del discurso social que afirman que los chicos involucrados en situaciones delictivas en el presente, lo seguirán haciendo en el futuro con el aditivo de que cuando sean mayores de edad “también van a estar armados”. Dado que el imaginario social actúa sobre la producción de visiones de futuro y en la medida que se enfatiza la imposibilidad de resocialización se plantea como necesario y urgente la exclusión o eliminación de los cuerpos que no han sido debidamente disciplinados. La responsabilidad recae sobre el individuo desresponsabilizando otras instancias del orden social.

En la construcción de identidad del joven delincuente, determinadas características se convierten automáticamente en estigmas. La vestimenta será una de las señas estigmatizantes más reforzada, todos los jóvenes que aparezcan vinculados a hechos delictivos en el programa vestirán de similar manera: ropa deportiva, camisetas de equipos de fútbol, gorra o visera y buzo con capucha. El rostro se borra al mismo tiempo que son las marcas del vestir, ciertas prácticas como reunirse en la vía pública y los barrios donde se vive, lo que termina por configurar un boceto del típico delincuente juvenil. En esta dirección la policía y la televisión trabajan juntos en la producción de información que legitima el llamado “olfato policial” y a la par ilustran el manual del delito que se le ofrece al tele-espectador, concebido pedagógicamente, para que pueda identificar al potencial agresor y las zonas que éste frecuenta.

Los procesos de estigmatización y criminalización de la pobreza propios de esta narración mediática fijan una serie de atributos desacreditadores que se presentan como socialmente

inaceptables, y prefiguran un sujeto que en tanto se desvía de la norma se torna indeseable para el orden social.

Los barrios más pobres, especialmente las villas, marcan junto al identikit del sospechoso el mapa del delito que indica las zonas de mayor riesgo, lo que se correlaciona con la configuración del joven-villero-delincuente. No obstante cabe señalar que la vaguedad de la información o la ausencia de datos en los ejes espacio-temporales contribuyen a escenificar todo el conurbano bonaerense como una suerte de feria del delito, donde cualquier cosa puede ocurrir, en cualquier momento.

Los medios no problematizan los resultados de un sistema económico que excluye, sino que en paralelo a la selectividad del sistema penal se construyen como productores de inseguridad los sujetos más socialmente inseguros, legitimando una sociedad de mayor control, tejiendo una red de castigo y encierro que captura a los más pobres, en un claro proceso de criminalización de la miseria. La relación que el programa establece entre pobre y delito se plantea como natural y es explotada en exceso.

Las desigualdades simbólicas y materiales producidas por el sistema capitalista profundizadas en nuestro país por la implementación del modelo neoliberal cuyas consecuencias llegan hasta hoy se ignoran en todo el transcurso del programa. La inseguridad social (3), problemáticas como la pobreza, la exclusión y la falta de factores de previsión social se representan como cuestiones ontológicas del ser que no requieren problematización alguna. En la construcción de consenso sobre el tema de la inseguridad se procura hablar sólo de delito común, callejero o contra la propiedad privada, este punto nodal discursivo fija el sentido en desmedro de otras acepciones que podrían remitirnos a jerarquías mayores del orden social o a las más altas esferas del poder. La omisión de las causas socio-económicas estructurales da paso a explicaciones simplificadoras que señalan responsables individuales sobre la base de una serie de características personales y un catálogo de incivildades. Lo que se consigue no es más que una colección televisada de sujetos peligrosos, el prontuario de los sospechosos del barrio, una carpeta modus operandi que la TV confecciona en paralelo a la institución policial. *Libro de malvivientes* al que se nos posibilita acceder como televidentes ya capacitados para identificar al sujeto amenazante. El saber es poder, y es en la producción y puesta en circulación masiva de este que se constituye al delincuente antes que al delito.

Víctimas de la inseguridad. Ciudadanos/no ciudadanos

Como señalamos al comienzo la representación de los sectores medios también interviene en el desarrollo del programa, sin embargo esto sucede en menor medida y en contextos específicos que tienen una significación particular. Su aparición se da en el marco de escenas que ubican a un sector de la comunidad como víctimas autoconvocadas para realizar marchas o reclamos por la inseguridad producida, según el recorrido que elabora el programa, por aquellos que habitan entre los muros impenetrables de la pobreza. En esta ocasión por única vez, la voz enunciativa se corre de su aliado policiaco para posicionarse como un vecino más. Tratándose de una continua crónica policial es destacable que sólo en estos segmentos se narre un hecho donde se produce una muerte. Explicado desde la lógica de la inseguridad, el crimen se relata como un hecho aberrante, la cámara

no penetra en el interior de las viviendas y los cadáveres no son mostrados, lo que marca una diferencia en relación con la exposición obscena a la que son sometidos los sectores populares como también frente a sus muertes invisibles.

Todos los hechos registrados en estas notas se relatan desde la subjetividad de los vecinos, la cual se postula como verdad objetiva, naturalizando una ideología de clase como sentido común indiscutible. Es clave en este sentido que los intelectuales expertos no sean consultados, en la voz del buen ciudadano la sociedad parece hablar por sí misma.

En un mismo programa mientras los sectores populares huyen de la policía o la llaman en ocasiones para dirimir situaciones personales, los sectores medios la van a buscar, le señalan la falta de eficacia y exigen el aumento de mayor represión.

“Nosotros no podemos cruzar para el lado de Bernal y Quilmes, porque en el triángulo de Bernal: secuestros, robos, tiroteos. La pregunta es ¿nos pueden ayudar para que no nos maten en esos dos lugares, por favor?”, reclama al comisario de la zona uno de los manifestantes. Del mismo modo que lo hace la prensa en general, el programa contribuye a alertar la geografía donde recrudece el peligro y el funcionamiento del Estado aparece escindido de acuerdo con las zonas en las que actúa. Por un lado debe proteger, velar por la vida y la propiedad privada; por otro, en los territorios pauperizados se le pide que reprima y encarcele más de lo que lo hace habitualmente. Lo que se propone como necesario y urgente es la acción del puño de hierro de un aparato penal, intrusivo y omnipresente característico de un Estado penal.

Estos elementos hacen posible identificar en este periodístico de investigación, así como en otros programas del mismo género, una versión actualizada de la diada civilización/barbarie que se instaló en la prensa argentina en el siglo XIX.

A partir de la constitución de víctimas y culpables se establece una dualidad del orden social que posibilita reflexionar sobre el modo en que el discurso mediático instaura quiénes son contenidos dentro de la construcción de la ciudadanía y aquellos que serán expulsados fuera de sus márgenes. Ciudadano es aquel que se presenta como un sujeto civilizado, construido como víctima que ha sido violada en su propiedad privada por sujetos inadaptados que no respetan la ley ni el orden. Su vecindario, siempre tranquilo y ordenado se configura como una comunidad armoniosa que se ve irrumpida por el delito e invadida por la delincuencia. Su representación en el programa, que responde siempre al lugar de la organización planificada, se da en el marco de reclamos por mayor seguridad y legítimos pedidos de justicia, su palabra está siempre amparada por los discursos dominantes que concentra el medio televisivo.

Por fuera de la concepción de ciudadanos quedan aquellos habitantes atravesados por la pobreza. Inmerso en un caos continuo, el espacio televisivo que le da existencia al sujeto procedente de los sectores populares se relaciona siempre con problemas, conflictos, dramas pasionales, enmarcado dentro de una inseguridad y desprotección que parece no suscitar otro interés que el de las agencias de control, la precariedad de sus barrios se extiende a sus conductas morales e intelectuales. Vinculado directamente al delito, sobre todo los más jóvenes, construidos con un perfil de peligrosidad que se erige como una amenaza hasta para ellos mismos.

La división que estructura el programa, en general, se hace a través de uno de los principios de la defensa social, el del bien y el mal, donde lo bueno es la sociedad que tiende a la armonía mientras el mal está encarnado por el delito y el delincuente en tanto elementos negativos para el funcionamiento del bien. Ideología que cumple la función de racionalizar la institución penal. En la medida en que se diferencian dos zonas geográficas y simbólicas claramente opuestas, la televisión pone en escena y refuerza los procesos de polarización social.

Bendita policía

En toda la narración mediática que venimos describiendo la policía es el actor que obtiene el mejor reconocimiento, su posicionamiento es privilegiado, aun con sus cuestionamientos, incluso por éstos, su desempeño se presenta como inevitable para algunos y necesario para otros.

Frente al caos continuo que viven los sectores populares según la representación del programa, la policía aparece como una presencia *saludable* para contener situaciones conflictivas donde la figura del oficial se acerca a la de un padre moral que intercede entre sus hijos. Pero también se ubica como un eficiente y eficaz guardián del orden social cuando persigue, reprime y detiene a los sujetos que han sido constituidos como delincuentes, lo que al mismo tiempo se manifiesta como respuesta a los pedidos de mayor seguridad por parte de la ciudadanía.

La violencia sobre la que se funda la institución policial se borra por completo. El acento se coloca sobre lo violento como un rasgo propio de la personalidad del sujeto excluido, y en la medida en que se lo constituye como peligroso habilita en algunos casos que la violencia institucional se narre en forma naturalizada y hasta justificable por la necesidad de neutralizar al enemigo. La represión aparece solapada en el relato mediático como mero enfrentamiento, y las prácticas criminales que forman parte de la rutina diaria de la policía bonaerense como la eliminación física de sujetos en los llamados casos de gatillo fácil; las detenciones arbitrarias y la violencia ejercida en estas instancias así como el rol de la policía como *reclutador de fuerza de trabajo* entre las clases empobrecidas ni siquiera se insinúan en el discurso del programa. Tampoco se hace mención a otras relaciones que existen entre los miembros de la policía y los sectores populares como la pertenencia a un mismo espacio territorial o las múltiples reciprocidades que existen entre la fuerza policial y los sujetos definidos como delincuentes.

El recorrido del programa se nos presenta como un viaje de dos caminos que se cruzan entre sí por una serie de conexiones constituidas en constante tensión. Todo parece resolverse en dos alternativas opuestas que se nos ofrecen: los bárbaros frente a los civilizados, el caos frente al orden; culpables o víctimas; delincuentes o ciudadanos. El mal contra el bien que estructura el programa se deja ver irónicamente en el separador publicitario que da inicio a la pauta comercial: “mandá poli al 20200 y elegí de que lado querés estar”. El orden social se equipara a un juego de roles donde cada uno puede elegir su propia aventura y asumir el destino que le ha tocado en suerte.

A modo de cierre

Mediante estas explicaciones simplificadoras hegemónicas en la construcción de sentido sobre los temas de inseguridad y delito, los medios trabajan de tal modo que en la constitución del

sujeto delincuente y en la representación de sus prácticas es finalmente la policía quien se beneficia simbólicamente; se perpetúa su funcionamiento y se habilita la profundización de la violencia institucional en la sociedad. Asimismo la racionalización y legitimación mediática del poder de castigar opera como refuerzo para los reclamos de inflación penal, y los pedidos de eliminación física del delincuente, lo que conduce a exigir el fortalecimiento de los mecanismos de vigilancia y control. Al postular como inevitables situaciones que han sido producidas por causas económicas y sociales, los medios despolitizan los conflictos sociales y generan un efecto penalizador que autentifica las políticas punitivas en reemplazo de cualquier política de inclusión o reinserción social.

Notas

(1) Véase Foucault, M. "Verdad y poder" en *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1979.

(2) AAVV, "Dossier: Los realistas de derecha en el pensamiento criminológico. Soluciones al crimen, 18 cosas que podemos hacer para luchar contra él" en *Delito y Sociedad*, Revista de Ciencias Sociales, 15.16. Universidad Nacional del Litoral y Universidad de Buenos Aires, 2001.

(3) Para ampliar este tema véase Castel, R. *La inseguridad social: ¿qué es estar protegido?* Buenos Aires, Manantial, 2008.

Bibliografía

AAVV, "Dossier: Los realistas de derecha en el pensamiento criminológico. Soluciones al crimen, 18 cosas que podemos hacer para luchar contra él" en *Delito y Sociedad*, Revista de Ciencias Sociales, 15.16. Universidad Nacional del Litoral y Universidad de Buenos Aires, 2001.

BACZKO, B. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

CALZADO, M. "Espacios comunicacionales, construcción de subjetividad y funcionalidad política" en *Revista Zigurat*. Comunicación y Política. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales. Carrera de Ciencias de la Comunicación, 2003.

DAROQUI, A. (comp.) *Muertes silenciadas: la eliminación de los delincuentes y los discursos de los medios de comunicación, la policía y la justicia*. 1ª ed.-Ediciones CCC, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2009.

ELBAUM, J. "Antonio Gramsci: optimismo de la voluntad y pesimismo de la razón", Buenos Aires, Documento de la Cátedra Stella Martini, 1997.

FOUCAULT, M. *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. 2ª ed. Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2008.

FOUCAULT, M. "Verdad y poder" en *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1979.

MARTINI, S. "El sensacionalismo y las agendas sociales" En *Diálogos de la Comunicación*, N 55. Lima, junio, 1999.

MARTINI, S. y Pereyra, M. (editores). *La Irrupción del delito en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Biblos 2009.

VOLOSHINOV, V. "El estudio de las ideologías y la filosofía del lenguaje" en *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1976.